

Entre la memoria y el olvido

*Manuel Outón**

[...] —gedenkst du noch, gedenkst du, heisses Herz, wie da du durtetest?— *dass ich verbannt sei von aller Wahrheit!* Nur Narr! Nur Dichter!¹

NIETZSCHE

EL TÍTULO DE ESTA PROPUESTA concita ya a la reflexión y poco guarda en apariencia en relación con los motivos de este escrito, sin embargo, toca fondo porque entre la memoria y el olvido no hay más que un intersticio: el espacio en blanco entre dos letras.

Parece provocación mallarmeana, pero es más bien un juego entre la vida y la muerte. El espacio que se guarda entre la memoria y el olvido quiere hablarnos tan sólo de la distancia, del hueco entre el origen y el destino, quiere significar la tragedia y la forma como marcamos en la cultura para ocultar, sellar, cubrir, o aparentar cerrar la distancia presente en el ser del sujeto entre psique y soma; y en sus relaciones con el mundo entre Historia y Naturaleza.

Y bien, hoy entre la memoria y el olvido se presenta como el elemento trágico. Recordar, hacer memoria, poner en palabras fragmentos del mundo, representar el sentido de la vida: ese es el juego expresivo de la tragedia. Donde hay conciencia aparece la tragedia como expresión y representación de la misma. Nacimiento y muerte, origen y destino forman parte de la esencia, del ser mismo de la tragedia.

* Profesor-investigador. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

¹ [...] —¿recuerdas aún, recuerdas tú, ardiente corazón, qué sediento estuviste?— *¡sea yo desterrado de toda verdad!* ¡Sólo loco! ¡Sólo poeta! Fragmento del poema de Federico Nietzsche “¡Sólo Loco! ¡Sólo Poeta!”, correspondiente a los Ditirambos Dionisiacos. Nietzsche Federico, *Poemas*, edición bilingüe, Hiperión, Madrid, 1979.

Y el destino de la trama entre Naturaleza e Historia parecería encontrarse amenazado por ese obturador (como el de la cámara fotográfica) en que hemos convertido al lenguaje, éste, el lenguaje, se nos presenta asociado a una fuerza que no trabaja más en el sentido del deseo, trabaja restituyendo las faltas, las fisuras, resanando los muros de una objetividad que no acabamos de reconocer como producida, no resultante de la contingencia, sino y más bien de las estructuras y las formas que traducidas a instituciones y normas nos hemos dado para el establecimiento de las civilizaciones modernas.

Y el discurso filosófico de la modernidad se ha jugado en el destino de occidente por la búsqueda de sus determinaciones, en las preguntas por el ser, el origen, el destino, el devenir, el sentido; a un grado tal que no tenemos más que reconocer, para bien o para mal, que toda filosofía en tanto pretende serlo trae de la mano su metafísica.² Nosotros, somos también la consecuencia, el efecto (en el sentido clásico del concepto) de estas causas y nuestras preocupaciones no pueden ni “deben” salir de los bordes de un contexto en que las determinaciones, si es que existen o existieron, naturales e históricas, están dislocadas y se aparecen, se presentan como relativas.

Hechos, desde la perspectiva del que vive o del que historiza, fenómenos desde la mirada de quien indaga dentro de las disciplinas científicas, como el sida, borran las fronteras entre la biología y el sujeto y hacen del cuerpo el punto extremo de tensión entre la vida y la muerte, entre el pasado y lo posible. Ya en la época medieval la locura (Foucault) y la peste jugaron con el orden y las estructuras sociales, así como con los saberes y las representaciones, un lugar de ruptura y discontinuidad.

² Este momento, fundante de toda relación histórica y natural no es el fruto de una razón externa, ni de una conciencia infinita y superior, sino tan sólo el resultado mismo de los procesos de modelación y fundación de la vida misma, el ser sólo tiene fundamento, presencia y existencia en su relación frente a otro. Hay dependencia en el origen y en el devenir, el ser para sí no puede trasponer ni fundar una relación al margen de su propio en sí, del otro lado no podemos encontrar fundación en el en sí, la fundación es conciencia. “Pero no por eso la metafísica debe renunciar a intentar determinar la naturaleza y el sentido de ese proceso antehistórico, fuente de toda historia, que es la articulación de la aventura individual (o existencia del en-sí) con el acaecimiento absoluto (o surgimiento del para sí)”. Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada*, Losada, Buenos Aires, 1976.

El riesgo, el miedo si queremos mirarlo y decirlo, nombrarlo así, del hoy, del ahora tiene un contenido cuya deriva ontogénica y filogénica se encuentra en el reconocimiento de un conjunto de formas de articulación entre Naturaleza e Historia (que tenemos la obligación de llamar cultura), entre biología y sujeto (que bien podríamos nombrar deseo), diversas, pero, y esto es lo que resulta doloroso, rotas, limitadas a los bordes, excluidas de una pretendida universalidad de los moldes de la llamada civilización moderna occidental.

Un solo mundo posible de entre todos, un solo principio y fin que se agota en el consumo, en la sustitución de las intenciones, las voluntades, los deseos: vivir hoy. ¿Para quién?, ¿cómo?, ¿con qué objeto? Aquella búsqueda de la teoría crítica, los esfuerzos de Horkheimer, Adorno, Benjamin e incluso Marcuse (a mi juicio un tanto desvirtuados por su más prolífico heredero Habermas), por explicar el mundo a partir de una oposición entre cultura y civilización, parecen tener sentido vigor y fuerza crítica.

Nos encontramos, quizá, frente a la civilización y el mal nombrado mundo global, como situados en un tropo del lenguaje, en una metonimia, cambiando los nombres de una cosa por el de otra, si algún “post” tiene cabida, es tal vez el de aquellos que han tratado de remitirnos hacia un lenguaje y por ende hacia una lectura polisémica de nuestro ser y nuestro sentido: Lévi Strauss, Lacan, Foucault, Barthes, Derrida...

Frente al riesgo, entendido en esa angustia de ser y poder ser (pasado y futuro siempre visto y leído como posibilidad) hay que reconocer la *deuda*, para poder instaurar una época de *duelo*. Velar con nobleza, como los caballeros y señores en el medioevo, nuestras armas: *las palabras*, jugar con nuestro lugar en este destino, buscar en el sentido, la identidad y al mismo tiempo la diferencia; el reconocimiento del “otro” (Naturaleza, cultura, forma, género) como posibilidad de constitución del propio ser y sentido. Suena complejo, causa horror, desesperación, mas el sino, de signum,³ de la época nos obliga a reconocer una causa: la justicia, mirada, vista, observada, y nombrada como *deuda*.

³ Estos juegos de lenguaje entre sentido, ser, sino, deuda, duelo, justicia, resumen mis propias deudas, me obligan al duelo. Puesto que tanto en el plano de mis referentes, de mis lecturas, mis pasiones, mis prejuicios y mi voz se hacen presentes otras voces, otras lenguas que necesariamente traen consigo sus conceptos, sus palabras y significaciones, efectos que

Estamos, sólo algunos creo yo, arrinconados frente a la inmensidad del océano, parados al borde de un abismo, la civilización nos ha dado el carácter de intercambiables, nos ha otorgado el privilegio de decidir desde el dominio científico, técnico y hoy tecnológico los nombres y las casas (*logosy oikos*), si no las habitamos es por algún olvido, alguna falla en la memoria, pero no en la memoria de la que hablaba Giordano Bruno y la tradición hermética, se trata de esta otra que ha sido fijada por las instituciones y las normas.

“Sólo loco, sólo poeta” decía Nietzsche, quisiera suponer por lo mismo. ¿Qué hemos fijado?, en ese sentido de crítica a la Ilustración que brillantemente trabajaron Adorno y Horkheimer, ya no como espíritu en la roca, como signo, sínodo de un pueblo y una cultura; sino más allá de ello, como dominio hasta en el lenguaje y su proceder técnico jurídico, técnico científico (bástenos para verlo el ejemplo de la incapacidad parlamentaria en nuestro país para resolver sin tecnicismos jurídicos el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios y por ende de los derechos a formas de vida social diferentes, entendidas como futuro, como posibilidad. O en el caso de la ciencia, y se necesita, se requiere de paciencia para comprenderlo, que en su obsesión por fijar su mirada en la vida, se empeña en la búsqueda de objetos dentro de los que se permita una sola posibilidad: la repetición, la réplica, hasta de sus estructuras íntimas, como ocurre con la clonación).⁴

en ocasiones resultan invisibles para quien lee. JUSTICIA. *del. Lat. Iustitia. Virtud que inclina a dar a cada uno lo que le pertenece.* SINO. *Del. Lat. Signum en nuestra lengua se encuentra según la Real Academia en desuso. Hado. Cosa que evoca en el entendimiento la idea de otra.* DEUDA. *Del. Lat. Debita. Obligación que uno tiene de pagar, satisfacer o reintegrar a otro una cosa...* (cuidado con una cierta moral, que no es el caso, y por ende con una mirada hacia la culpa que sacerdotes y psicoanalistas no acaban de comprender). DUELO. Una vez más jugamos con un significado en desuso frente a otro que no lo está. *Del. Lat. Duellum. Combate o pelea entre dos o consecuencia de un reto o desafío. Pundonor o empeño de honor.* *Del. Lat. Dolus. Dolor, lástima, aflicción o sentimiento* (conciencia del dolor como en Schopenhauer o en Benjamin, incluso en los sonetos del amor oscuro de Federico García Lorca “este dolor por una sola idea”). También, y finalmente, *fatiga, trabajo.* Sentido y ser son dos conceptos cargados de significación en el discurso y en el lenguaje filosófico, valga aquí considerar como deuda de quien esto escribe entre los alemanes a Hegel y Heidegger y entre los francos a Sartre, Lacan y hoy hasta Derrida (no es una síntesis ni un resumen, sólo es el recuerdo en el momento de escribir, las deudas son inmensas y se pasan fácilmente a la literatura).

⁴ Incluso en el lenguaje de la biología la réplica aunque implica la independencia de las unidades producidas, “las unidades producidas por réplicas no constituyen entre ellas un

Esta idea de dominio se fija en el lenguaje, en las palabras que hoy son velozmente reproducidas sin sentido por los medios electrónicos, creando imágenes que no podemos derribar como los ídolos de barro y piedra de nuestro pasado. El Tótem y el Tabú están contenidos en imágenes con movimiento, el dominio económico, político, el desplazamiento en los centros del poder se juega en esta neo-dominación, neo-violencia del medio de los medios: la televisión, la internet, etcétera.

En tanto somos, traemos algo con nosotros: tradiciones, referentes, herencias, raíces, fantasmas, etcétera, y sólo, en tanto somos queremos seguir siendo, actuando, nombrando, reconociendo, representando, transformando voluntad en actuación, en fuerza para cambiar las formas y sostener lo posible (insisto en el sentido de futuro). “El porvenir es raro, y cada día que llega no es un día que comienza. Más rara todavía es la palabra que, en su silencio, es reserva de una palabra por venir y nos da la vuelta, aunque estemos muy cerca de nuestro fin, hacia la fuerza del comienzo”.⁵ Este es el sentido del *duelo* y de la *deuda* que como crítica resisten a la integración del mundo global. Nuestras *deudas*, se significan por nuestros vínculos con el pasado, tenemos que cobrar conciencia de ellas para que nuestro sino de posibilidad sea instaurar una época de *duelo*, dar forma a la justicia, buscar el efecto de la justicia.

Reconocer al sujeto, recordar al sujeto, nombrar al sujeto, recuperar sus huellas, su cuerpo como vínculo y vehículo biológico, su deseo como arquetipo y articulación, locución con la lengua y la cultura. Buscar el sentido al interior y al exterior; situaciones, contingencias, proyecto, autoposición, angustia por saber que el ser vive tan sólo entre dos pulsiones. Límites y fronteras que imponen formas a las fuerzas y las potencias del artificio, ¡sólo en el arte podemos romper las fronteras, el resto de las acciones están acotadas por la muerte! “Y esa verdad que dice el poeta destaca, antes que por cualquier otra cosa, por ser un ejercicio de memoria, por su voluntad de rescatar a los hombres de la amenaza de disolverse en el olvido”.⁶

sistema histórico”. Maturana, Humberto y Varela, Francisco, *The Tree of Knowledge*, Shambhala Publications, Inc., Boston/Londres, 1992 .

⁵ Blanchot, Maurice, *La bestia de Lascaux...*, Tecnos, Madrid, 1999.

⁶ Morey, Miguel, *El orden de los acontecimientos*, Península, Barcelona, 1988.

Sí, la Historia, con mayúscula, la que tiene que ser vista como totalidad, es trágica. La Naturaleza por su lado opera como recipiente, si habláramos de contenido y continente, de una relación entre el contenido y el continente, la Naturaleza y el medio físico serían el continente, la Historia es el contenido; en ese mismo sentido, en esa lógica, la cultura es el producto de la Historia, el resultado de la relación entre Naturaleza e Historia. No hay entonces una historia, de la Historia con mayúsculas sólo podemos hablar en el sentido de una totalidad, lo que vemos, lo que encontramos, son diversas culturas, diferentes relaciones con el medio, formas de articulación distintas entre Naturaleza e Historia de las culturas y los pueblos.

En esta suerte de eterno retorno al que recurre la Historia como totalidad se juega una intención expresa en las acciones humanas de fijar nuestro destino, nuestro sentido, visto como pueblos, como culturas en la Naturaleza exterior, paradójicamente queremos encontrar el significado de nuestro propio ser, de nuestro destino, en esa Naturaleza exterior, en una forma de vínculo entre experiencias empíricas y sentido común. Esta idea recurrente en la Historia de fijar nuestro propio ser en ese “Otro”, Naturaleza exterior, se ha traducido en esa conciencia moderna de suponer que el aumento de la fuerza por la acción técnica, científica y tecnológica, que el aumento en la potencia del artificio, traerá consigo la libertad y la justicia, una promesa no realizada por el progreso de la moderna civilización occidental, que se ha impuesto como forma, como modelo y como única vía al resto de las culturas y a sus diferentes formas sociales. Esta imposición ha generado, producido como efecto la violencia y la dominación del “Otro”. Naturaleza exterior, al mismo tiempo que nos ha roto (expresión en el sentido de aquella figura de Simon de Beauvoir en *La mujer rota*), separado de nuestro ser y sentido, en la expresión radical hegeliana y marxista de alienación, enajenación, extravío del espíritu, pérdida del sentido histórico.

Así que, heme aquí de nuevo sentado frente al mismo papel, de nuevo con esta suerte de compromiso mal entendido para conmigo mismo, frente a la hoja de papel en blanco, con la pluma cargada, el espolón en la mar, la coa en la tierra, la cultura en la Naturaleza, el artificio en manos del azar. No es Mallarmé diciéndonos: “Este cuento

se dirige a la Inteligencia del lector que por sí mismo pone las cosas en escena";⁷ aunque me acompaña sobre la mesa, tampoco es Nietzsche, aunque juega con mis recuerdos, ni siquiera aquella preocupación marxiana por encontrar la libertad en una segunda naturaleza (si acaso existe y sigue siendo válida tal preocupación y sentido). No, es más bien esta suerte de arreglo personal con lo que no se aclara, con lo que permanece a pesar del insomnio, las lecturas, la penumbra y el milenio.

Es una preocupación que me trae jugando entre la noche y el día, entre la luz y la sombra, entre el pensamiento y el habla, y por qué no decirlo entre el habla y la escritura: existe algo que podamos nombrar, saber y conocer; o simplemente todo se gesta sobre la nada, sobre el polvo del camino que levanta el viajero. Nihilismo, solipsismo y no sé cuántas coreografías más podrían diseñarse para una sola puesta en escena: "la vida es en esencia trágica", o más bien: "la conciencia de vida es conciencia de muerte". El estilete es la única transcendencia, el falo, la coa, pero, ¡oh triste desilusión!, no funciona sin natura, sin fémica, sin lo innombrable, sin lo invisible, sin lo oculto, sin lo interior, sin lo eterno femenino. Esa vuelta de la tuerca de la Historia toda, ese giro en la rueda, esa vuelta de las aspas del molino que todo Quijote suele confundir con gigantes a los que quisiera detener.

"Y sin embargo se mueve", es tal vez, la peor sentencia de las representaciones modernas para la Historia, y qué decir de la mía en particular, de mi historia. Otro salto, entre el todo y la nada sólo existe uno. La única unidad posible, el uno, al que los famosos presocráticos buscaban, no está en los elementos, sino en esa extraña reunión del azar y la necesidad: en uno, en cada uno, en esa conciencia interior de riesgo y fragilidad, de dolor y muerte. Sin dolor no hay placer, Sade gestó a Justine y Justine inventó el placer y el dolor.

Los nombres y las cosas, "las palabras y las cosas", nombramos sin cesar. Uno tras otro, objetos y sensaciones tienen un nombre, representamos en el lenguaje aquello que suponemos es el mundo, le llamamos ciencia, religión, arte... en fin, pero con toda esa potencia no podemos representarnos a nosotros mismos sino en el desgarramiento, en el enfrentamiento, en la fragilidad, en el riesgo. Sólo ahí somos uno,

⁷ Mallarmé, Stéphane, "Igitur o la locura de Elbenhnon", en *Antología*, Visor, Madrid, 1991.

sólo ahí está la *sabiduría*, aquella de la que *el pensamiento sólo puede ser amigo*, como bien dice Giorgio Colli.⁸

El mundo no es unitario, la unidad está en cada uno, el uno solo se juega con la vida en el dolor y el placer; en el gesto amargo de la no-comprensión, de la simplicidad, del no encuentro con el otro, desencuentro me dirán, pero el desencuentro sólo se da con uno mismo, cuando el uno se da cuenta que no sabe vivir, que no soporta el dolor, ni la miseria, que no se tolera más a sí mismo: que la soledad, la sabiduría y el sufrimiento son hermanas, que no hay solución final, sólo hay fin, tan sólo fin.

Hallar salida en el suicidio: solución trágica que, en el granel de la vida cotidiana, la moral reprueba. Pero, sobre todo: solución de mujer y no, como en ocasiones se ha pretendido, acto heroico.⁹

El cuerpo se pierde, duele y “el mundo se va a acabar” reza la letra de una canción del grupo musical sonero “Mono blanco”, que con ironía jarocho se cachondea con el fin. Vuelta al origen, eterno retorno, encuentro de dos cuerpos, sudores, aromas, penetración, castración: el que penetra se castra, no hay más que buscarle al asunto, ese es el gesto irrepresentable para el arte y para el psicoanálisis. Y el territorio de ese gesto primigenio, primario, es eminentemente femenino, esa es la única verdad demostrable por la filosofía: el origen y la trascendencia están en la balanza de lo femenino, la potencia, el estilete, la pluma sólo son mimesis, copia de lo “otro”, tan sólo ilusión en la balanza de lo masculino; acto y recepción, fuerza y expresión que se muestran en donde no existen.

Y podemos seguir arriesgando en el lenguaje con un texto y una escritura ilegibles para la cultura del XXI, para la fábula de lo inaugural, sólo hacemos rituales de iniciación, el origen está marcado en nuestros cuerpos y le dolió al arte medieval su representación pictórica. Somos y dejamos de ser, esta es la máxima de la producción cultural, este el juego entre las imágenes de mundo que podemos representar. Prohibición del incesto, sólo palabras quedan para recobrar el origen, sólo las historias individuales, sólo la búsqueda de cifras para vencer al enigma, somos más órficos y museográficos de lo que quisiéramos.

⁸ Colli, Giorgio, *El nacimiento de la filosofía*, Tusquets, Barcelona, 1996.

⁹ Loraux, Nicole, *Maneras trágicas de matar a una mujer*, Visor, Madrid, 1989.

Es como si hubiésemos construido un dique para no ver el mar, nos vestimos para ocultar un cuerpo, nos educamos para negarnos, represión cultural de las pulsiones si miramos a Lévi- Strauss y a Freud a uno y otro lado del camino. Negación de lo arcaico, de la vida anímica, y ¡joj!, lo cultural es lo nuestro, es lo único que somos y hacemos, es en ese sentido metafísico: esencia, por ello damos vuelta, otro salto, nuevo retorno a lo mismo: “la vida es en esencia tragedia”, o mejor aún “la conciencia de vida es conciencia de muerte”. El umbral del dolor es el umbral del placer, y todo esto se puede llamar, nombrar y decir que es *humano demasiado humano*.

Y vamos a la representación, juguemos con un telón de fondo: sobre el escenario dos cuerpos que se juegan uno al otro, se gustan, se tocan, se lastiman, se huelen, se miran, se hieren con sus miradas que muestran sus desnudas diferencias, se enfrentan, se gozan cada uno a sí mismo en el otro y se agotan extenuados. No hay voces, sólo gritos, bramidos, suspiros. Y un eco invisible, acogido en los pliegues del telón, les devuelve con palabras lo que ocurre y lo que son. El público no tolera la escena, porque rememoran su propia marca en el origen, su nombre y su destino. Uno frente a otro desnudos y agotados, sólo sueño, sólo ilusión: vida y muerte representadas en un solo acto, sin texto; en un solo gesto. Eso somos en esencia tan frágiles como un solo gesto.

Toda la producción cultural sobre ese gesto único y unitario no es más que ilusión, la fantasía está agotada en el gesto y nos quedamos con la narración. Esta es, tal vez, la única parábola no soportable. El telón cae, el eco se suicida y sólo quedan en escena dos cuerpos tendidos, desnudos y agotados, vencidos por el sueño de la Historia, a pesar del canto de la lechuza de Minerva. ¡Ah! Un olvido que traiciona al ego, como todos los olvidos: en la escena hay un intervalo, la penetración es vista para el público como intervalo, como interrupción. En desacato a toda puesta en escena, en ese momento de la pieza, las luces hieren los ojos de quienes son tan sólo auditorio, para evitarles ver el desgarrar, la tragedia: ese es nuestro intervalo al nacer, luz que ciega la conciencia de vida e inaugura el dolor y el placer.

Bibliografía

- Blanchot, Maurice (1999), *La bestia de Lascaux...*, Tecnos, Madrid.
- Colli, Giorgio (1996), *El nacimiento de la filosofía*, Tusquets, Barcelona.
- Loroux, Nicole (1989), *Maneras trágicas de matar a una mujer*, Visor, Madrid.
- Mallarmé, Stéphane (1991), *Antología*, Visor, Madrid.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco (1992), *The Tree of Knowledge*, Shambala Publications, Inc., Boston/Londres.
- Morey, Miguel (1988), *El orden de los acontecimientos*, Península, Barcelona.
- Nietzsche, Frederich (1979), *Poemas*, edición bilingüe, Hiperión, Madrid.
- Sartre, Jean Paul (1976), *El ser y la nada*, Losada, Buenos Aires.